

La gran conspiración

Yo también quiero hablar de Xesco Boix. No de su muerte trágica ni de su vocación, de su entrega misionera y de su estricta y rigurosa profesionalidad. Quiero hablar de Xesco Boix como testimonio patético de un combate que, muchas veces, parece perdido: el de salvar la imaginación del niño ante una conspiración montada para robársela. De este Xesco Boix singular y ejemplar, curiosamente presente, han hablado de manera perfecta Espinàs, Mallofré, Bassets y otros espíritus sensibles al enorme, al descomunal esfuerzo que realizaba aquel trovador que había sustituido la fragilidad de la dama por la fragilidad emocionante del niño, aquel trovador de la palabra clara y el mensaje puro, aquel trovador que pretendía salvar la aportación humana en la fiesta de la convivencia frente al abrumador, despiadado y angustioso peso de la comunicación de masas. De la conspiración, en definitiva, de la que son cómplices el poder político, el poder económico y la procesión de intereses creados, diversos pero coincidentes, enemigos pero pactantes.

A mí me recordaba los hombres-libro de aquel "Farenheit 451", que conmovió en su momento a tantos espíritus. Era, como ellos, el testigo de un mundo que se derrumba y que quieren conservar en sus valores más esenciales, aun a costa de los mayores esfuerzos y de los más dolorosos sacrificios. Xesco Boix, como aquellos raros guardadores de las grandes obras del hombre en la memoria, era la abnegación, el caballero andante de sueños acaso imposibles, el pequeño San Jorge que afrontaba con alegría y riesgo al dragón rabioso de la masificación, de la despersonalización, de la destrucción de la alegría y de la libertad. Los medios de comunicación de masas, sobre todo los audiovisuales, dejan al niño sin posibilidad de imaginar. Son demasiado materiales, demasiado

concretos, demasiado groseros para que queden grietas para soñar. Obturan los pasos por donde debería circular la fantasía. Los niños de hoy ya no imaginan, no crean, no sueñan. Copian. Imitan. Si puede ser cierto que descendemos del mono, es indudable que volvemos a él. Miméticos, limitados a la repetición de gestos, víctimas de unos tics universales y amargamente, desoladoramente, iguales.

Xesco Boix recogió el relevo de los viejos, los continuadores de la tradición, los narradores de cuentos y leyendas, los cantantes de canciones que despertaban la imaginación de los pequeños. Los ancianos, que no viven ciertamente su edad de oro, han sido sustituidos en la vida de familia por el televisor, que no es un instrumento que ayude a pensar. Y este era el combate personal y admirable de Xesco Boix contra la desértica soledad de un mundo que no vibra, que no inventa, que carece de ideas propias. Un mundo al que le han robado la facultad de imaginar. En una diáfana y perfecta entrevista que Joaquim Carbó le hizo en el "Cavall Fort" de este mes de julio, dice el malogrado Boix: "Darrera el simple entreteniment, hi ha unes profundes ganes d'educar". Y educar quiere decir, en este caso, salvar del poder del monstruo, de su fascinación, de su agobiante monopolio. Librar a las jóvenes conciencias de la amenaza de asesinato de su limpia y generosa imaginación. En nuestro periódico de ayer, el director general de RTVE, señor Calviño, dice una cosa escalofriante: "...si Televisión utilizase todas sus posibilidades publicitarias, que hasta ahora sólo emplea en un 50 por ciento, tal y como le está autorizado, agotaría la aparición de otras formas y medios de comunicación". ¿Amenaza? ¿Oscuro deseo no reprimido? En cualquier caso, ¡pobre libertad! ¡pobre imaginación!

MANUEL
IBÁÑEZ ESCOFET